

CATRINA

Y

SEPULCRO

Nancy Jaimes Valverde

Diseño de la Comunicación Gráfica

CONTRIBUIR A EXTENDER LA CONCIENCIA SOBRE EL VALOR QUE TIENE EL PATRIMONIO INMATERIAL DE LA MUERTE, DE LOS SEPULCROS Y LAS EXPRESIONES CULTURALES, ASÍ COMO DEJAR UN testimonio de estos valores materiales e intangibles, fueron algunas de las palabras con las que Ángeles González Gamio describió el propósito principal de la publicación del libro *Catrina y Sepulcro*. Esta contribución se refiere al tema del patrimonio cultural de tipo funerario. Es un paseo por los ritos mortuorios desde la época prehispánica, hasta las manifestaciones de culto en cementerios del siglo XIX, y cómo han llegado al deterioro a través de fenómenos naturales y el tiempo mismo.

Durante la presentación del libro *Catrina y Sepulcro*, en la casa de cultura Reyes Heróles se expusieron las diversas maneras en que los autores tratan la muerte en relación con la vida, además de las diferentes manifestaciones culturales y arquitectónicas que se han desarrollado a lo largo del tiempo en nuestro país. Carlos Mercado, compilador –junto con Lourdes Serna– del libro, comentó que ver, leer, compilar, organizar y dar la idea de *catrina* como elemento simbólico festivo y la de *sepulcro* como alusión a la materialidad del elemento funerario fue un trabajo muy satisfactorio. Por último agradeció a todos los colaboradores que hicieron posible este trabajo editorial, en especial a la diseñadora Selma Jaber por haber dedicado tanto tiempo y trabajo al diseño y formación del libro.

A PROPÓSITO DE CATRINA Y SEPULCRO

Alberto González Pozo

Departamento de Teoría y Análisis

Es magnífica esta compilación que ofrecen al lector Carlos Mercado y Luz de Lourdes Serna. Estas 8 contribuciones de varios autores (incluyendo una de los propios Mercado y Serna), se refieren al tema del patrimonio cultural mexicano ya sea tangible o bien inmaterial, pero siempre de tipo funerario. Carlos y Lourdes seleccionaron este grupo de trabajos del material que se reunió en el VI Encuentro Iberoamericano de Valoración y Gestión de Cementerios y Arte Funerario que ellos mismos coordinaron eficazmente por parte de la División CYAD, de la UAM-XOCHIMILCO, del 26 de octubre al 3 de noviembre de 2005, primero en la Ciudad de México y luego en Morelia y Pátzcuaro.

El título de la publicación se refiere a las dos partes cargadas de significado en que se divide el libro. En la primera, *Catrina*, se abordan cuestiones o de metodología aplicada que abarcan desde las costumbres funerarias mismas hasta la taxonomía de la vegetación que crece o se cultiva en algunos cementerios, mientras que en la segunda parte, *Sepulcro*, se describen sitios o monumentos funerarios, todos de gran interés.

Catrina

Así, en el artículo introductorio a *Catrina* intitulado "De lluvias", Mercado y Serna destacan las conexiones entre la compleja cosmogonía de los antiguos mesoamericanos y su reinterpretación en la ideología y las concepciones cristianas introducidas a partir del siglo XVI en tierras americanas. Es un punto de partida indispensable para entender mejor aspectos rituales y materiales vinculados a los conceptos de la muerte, la permanencia y la memoria en la cultura indomestiza hasta nuestros días.

La contribución de Gustavo Bureau se refiere a los epitafios, esos textos en las lápidas y monumentos que apelan a los visitantes y sus sentimientos. No es un artículo simplemente descriptivo (aunque los ejemplos que da son sabrosísimos) sino que intenta una taxonomía de los catorce componentes que pueden o no, según el caso, formar parte de esas expresiones literarias del arte funerario. Bureau presenta incluso un análisis estadístico de este tipo de componentes que es posible detectar en

panteones de la región del Golfo de México, en las partes centro y norte del Estado de Veracruz., según la cual nos enteramos, por ejemplo, que los epitafios propiamente dichos sólo aparecen en el 84% de los casos analizados, seguidos por manifestaciones pictográficas con un 79%. Insisto en el valor metodológico de este artículo, ya que el autor agrega una interesante tabla donde enumera 20 conceptos recurrentes en los epitafios tales como la vida que se extingue, la resurrección o el destino implacable y las imágenes literarias (que también pueden ser íconos) con las que se asocian como la tea invertida, la pira, el alfa y el omega, etc., que son casi el triple. En este tipo de asociaciones, Bureau encuentra que incluso un cántaro pintado como gran pelota de beisbol viene al caso por su

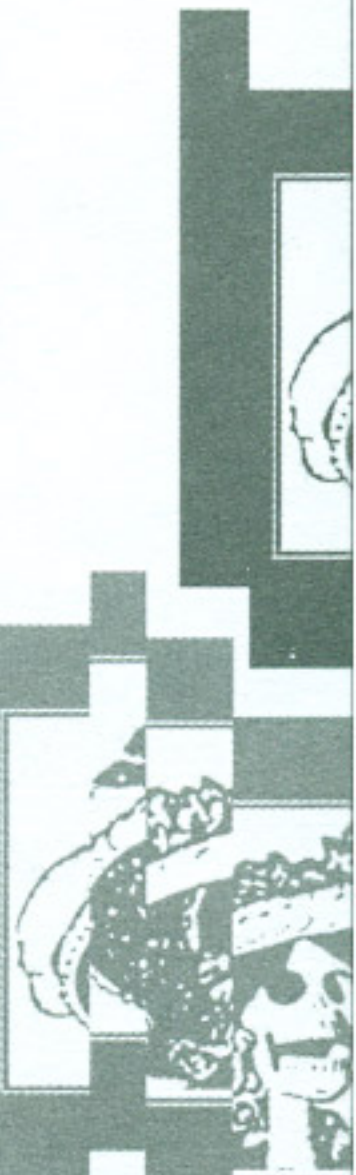
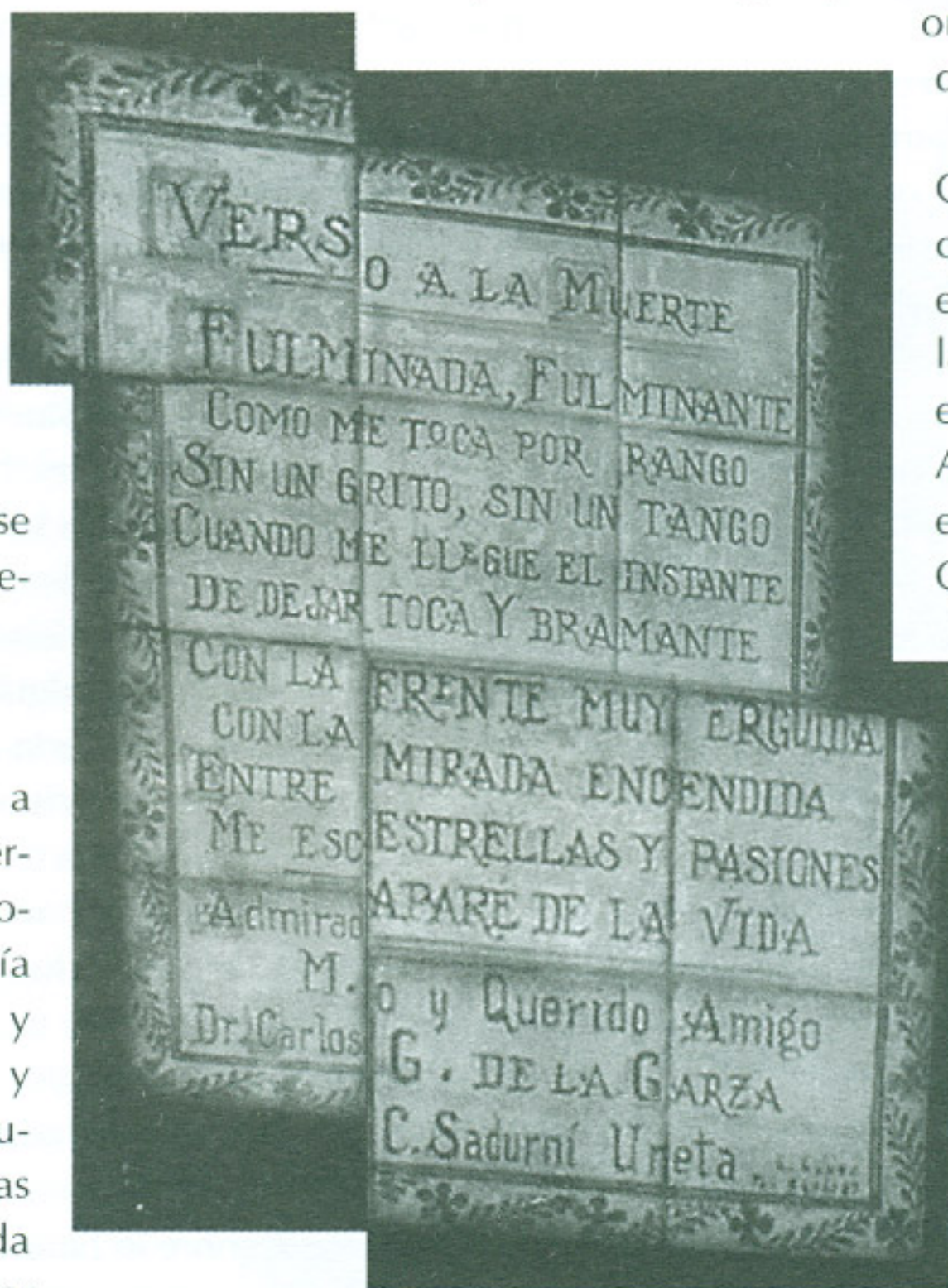
original epitafio, que simplemente dice: *hasta pronto, viejo*.

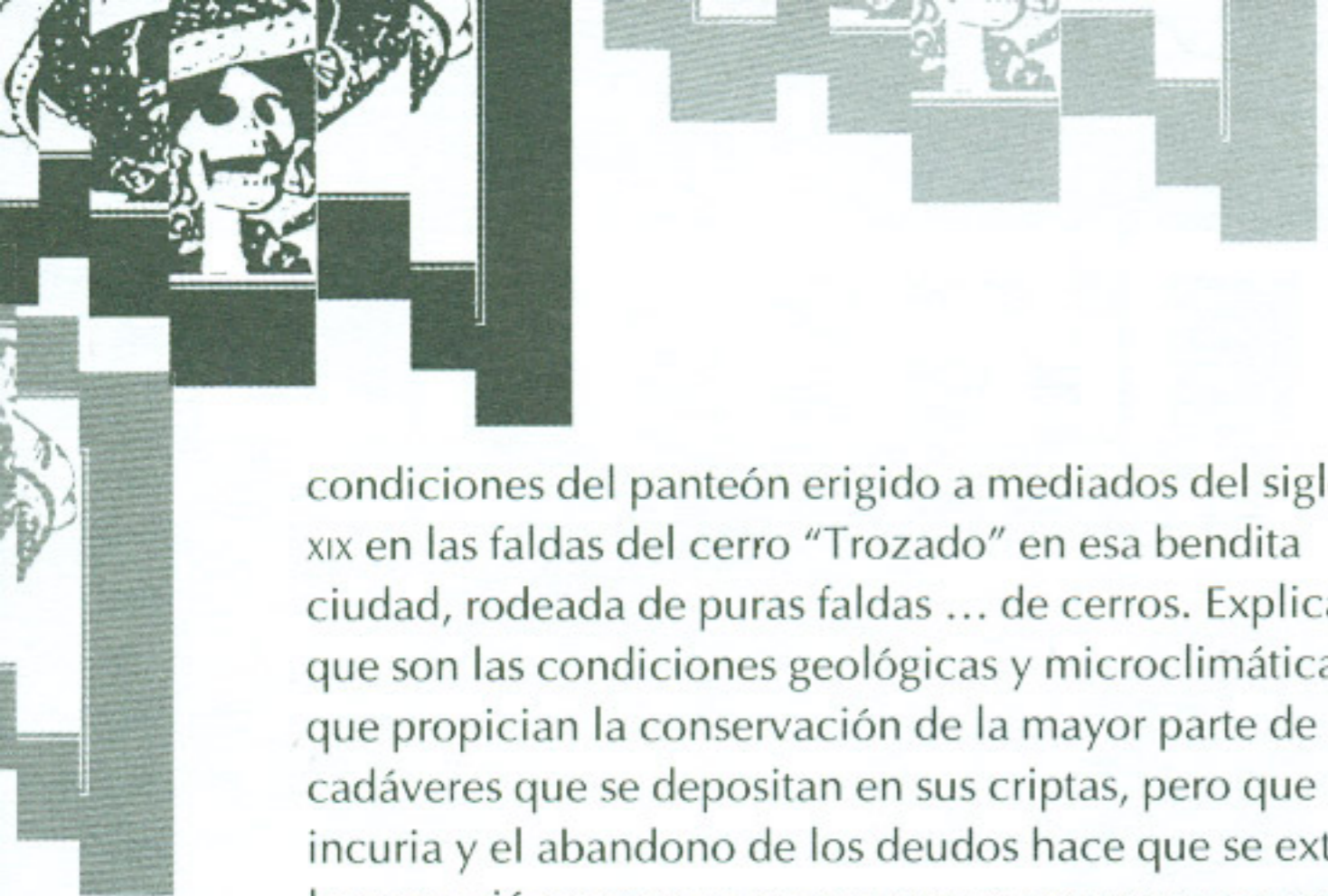
El ensayo de Clio Capitanachi es también de carácter metodológico, si bien ella se refiere en concreto a la vegetación que se puede encontrar en el Cementerio Antiguo de Xalapa. Sólo una experta como la doctora Capitanachi puede ayudarnos

a distinguir tres grupos: la vegetación ornamental entre o sobre las tumbas, aquella otra que forma parte de las ofrendas a los muertos, la que crece espontáneamente en espacios residuales y aquella que ha sido introducida por las autoridades que administran el sitio en las últimas tres décadas, todo. En cada caso se proporcionan los nombres tradicionales

y científicos de cada especie, lo que simboliza cada una y muy buenos comentarios a esas presencias. Sin duda, es una forma de análisis que puede emplearse en muchos otros casos.

Ciro Caraballo se pregunta, al analizar el caso del Museo de las Momias que hay en Guanajuato: ¿son realmente momias o simplemente cadáveres? y brinda un excelente análisis de las especiales





condiciones del panteón erigido a mediados del siglo XIX en las faldas del cerro "Trozado" en esa bendita ciudad, rodeada de puras faldas ... de cerros. Explica que son las condiciones geológicas y microclimáticas las que propician la conservación de la mayor parte de los cadáveres que se depositan en sus criptas, pero que la incuria y el abandono de los deudos hace que se extinga la concesión para que esos cuerpos permanezcan en sus depósitos y el panteón se vea obligado a exhumarlos. Con ellos se forma el museo, y tiene razón Ciro Caraballo al indignarse por el trato de fenómenos que se les da al exponerlos al público visitante que acude ahí, no exento de morbo. Lo malo, advierte, es que la moda comienza a extenderse a otros sitios en condiciones semejantes.

Sepulcro

La segunda parte del libro la inicia el ensayo de Enrique Ayala Alonso sobre el interesantísimo tema del Panteón Nacional, un proyecto inconcluso entre varios que se le quedaron en el tintero a don Porfirio Díaz, y que no pudo terminar porque la Revolución Mexicana interrumpió sus planes, lo mismo que en el caso del Palacio Legislativo al que me referiré también brevemente por su conexión con este tema. Se trata de un edificio funerario que habría estado ubicado en lo que es ahora la Colonia Guerrero, por donde ahora pasa la calle de Héroes, y del que, al parecer, sólo se llegó a hacer una cripta subterránea que incluso luego se desmontó, o sea que no quedaron vestigios de esa obra encomendada al arquitecto Guillermo de Heredia. Sin embargo, Ayala rescata puntualmente el proyecto, que se habría concebido originalmente como monumento donde descansarían los restos de los héroes patrios y en 1902, cuando se decidió que éstos se depositarían en la Columna de la Independencia, entonces el programa cambió: sería un lugar para restos y cenizas de otros mexicanos ilustres. El monumento habría sido interesante no sólo por su calidad arquitectónica intrínseca, sino porque se diseñó en medio de una gran plaza circular de 120 metros de diámetro que no existía entonces, y cuya materialización habría exigido afectar al Panteón de San Fernando. Algo de esa plaza y de las calles que a ella conducían llegó a concretarse, porque todavía en los años de la lucha armada aparecía en mapas de la ciudad de México. A su término, la idea se abandonó definitivamente y en ese sitio se construyeron la Escuela Belisario Domínguez y la Biblioteca Cervantes, dos edificios precursores, cada uno a su modo, de las nuevas corrientes de la arquitectura que comenzaron a perfilarse en los años 20.

La conexión entre este proyecto con otro igualmente fallido del porfiriato que me parece útil señalar aquí

apenas se acaba de hacer evidente en la reciente exposición sobre las obras y proyectos de Emile Benard en México. Sin duda, es por su proyecto para el Palacio Legislativo por el que más se conoce a este autor. Un edificio cuya estructura metálica estaba prácticamente completa cuando estalló la Revolución y que a su término se desmontó, dejando sólo la parte correspondiente a la gran cúpula del Congreso, que en los años 30 Carlos Obregón Santacilia, con la ayuda de los escultores Oliverio Martínez y Federico Canessi se encargó de transformar en el actual Monumento a la Revolución. Pues bien, en la exposición reciente sobre Benard se vió una magnífica perspectiva a la acuarela de una adaptación que el ilustre arquitecto francés, a través de uno de sus hijos, trató de negociar infructuosamente con los nuevos gobiernos revolucionarios para que la cúpula de su congreso por lo menos se convirtiera precisamente en una versión gigantesca del Panteón Nacional. Pero el remolino revolucionario ya había levantado suficiente polvo y dio al traste con estas visiones de grandeza, todavía decimonónicas.

Los casos al final del libro de los panteones decimonónicos de San Fernando y de Dolores en la Ciudad de México, el Panteón Municipal de Oaxaca y el de El Saucito en San Luis Potosí se abordan con conocimiento de causa por Margarita Martínez Domínguez, Ethel Herrera Moreno, Carlos Lira Vázquez y David Vázquez Salguero con Adriana Corral Bustos respectivamente. Cada uno es paradigmático desde distintos puntos de vista. Así por ejemplo, Margarita Martínez se remonta a la historia del barrio, de la iglesia, del convento y del panteón primitivo de San Fernando desde el siglo XVIII y luego va describiendo en detalle cómo el lugar se fue convirtiendo en un panteón civil, característico del siglo XIX, cuando comenzó a abandonarse la costumbre, heredada de la cultura romana, de depositar cuerpos completos en nichos o criptas. Ella llama la atención sobre lo heterogéneo de los personajes que aquí se fueron inhumando, hasta el extremo de que en un momento estarían reposando no muy lejos entre sí el Benemérito Juárez y su archienemigo Miramón, cosa que finalmente se evitó mandando los restos de éste último a Puebla. También apunta un rasgo que refleja la atmósfera de laicismo que imperó durante bastante tiempo después de la Reforma: los



ángeles están ausentes de la iconografía funeraria de este panteón.

El caso del panteón de Dolores se analiza desde otra perspectiva. La maestra Ethel Moreno prefiere verlo primero como realidad urbanística y sólo cuando ha agotado este tipo de análisis procede a describir sus principales detalles. Y tiene razón, porque sólo en su etapa inicial se trata de un conjunto que se extendía sobre más de 7 hectáreas. En consecuencia, elige analizar la traza de calles y caminos que cruzan este cementerio, que es muy original, ya que a partir de una esquina del terreno parten calles radiales en varias direcciones y sólo más adelante aparecen calles concéntricas. Esta traza de las primeras etapas de crecimiento del panteón de Dolores contrasta con las últimas, ya del siglo xx, donde los últimos crecimientos fueron a base de trazas ortogonales en por lo menos dos direcciones distintas. Lástima que no solo se hayan abandonado los trazos radiales o concéntricos en estos crecimientos, sino que, además, la plaza de acceso al conjunto en forma de exedra se haya visto alterada por invasiones y adiciones que la redujeron a las exiguas dimensiones que ahora presenta.

En su turno, Carlos Lira establece una relación causa-efecto entre las epidemias y los sismos que asolaban periódicamente a Oaxaca, por un lado, y por otro, la necesidad de contar con sitios más amplios e higiénicos en las afueras de la ciudad para enterrar

a la gran cantidad de personas que morían por estas causas súbitamente. Lo interesante del Panteón de San Miguel es que ya en 1803 se consigna en planos como camposanto. Tres décadas después se había convertido ya en Panteón Municipal que merecía un arreglo, unos pórticos con nichos y una capilla al centro que desgraciadamente no se concluyó. El proyecto para esa capilla que Lira atribuye a Francisco Bonequi es sumamente interesante: de planta central y con cuatro capillas menores en sus esquinas. De todo ello sólo quedan partes que son, de cualquier modo, interesantes.

Por último, el cementerio de El Saucito, también en las afueras de San Luis Potosí, es representativo de la influencia francesa que tanta importancia tuvo en el tránsito entre los siglos xix y xx. La descripción y el análisis que nos brindan los autores de este último ensayo es muy completo y refleja cierta unidad de estilo que no siempre es posible ver en este tipo de conjuntos.

No me queda más que felicitar ampliamente a los compiladores y a los autores de cada uno de estos artículos. *Catrina y Sepulcro* es un libro que contribuirá, seguramente, a extender la conciencia sobre el valor que tiene este tipo tan especial de patrimonio cultural.

